EL PUENTE DE PIEDRA DE LOGROÑO

Entre los papeles que guarda el archivo de la Comisión Provincial de Monumentos de Logroño, todos ellos de gran valor histórico para conocer las vicisitudes de nuestros grandes Monasterios en el siglo XIX, he leído un informe de la Comisión Central, fechado el 2 de Julio de 1884, que merece los honores de la divulgación, pues en él se hace una glosa sentimental del famoso puente romano. No olvida el informe el estudio arqueológico, ciencia que en esa fecha estaba en sus comienzos. Por último se refieren los conocidos hechos históricos de que fué testigo el puente, relato que será leído con agrado por todos, pues además tiene un ingenuo sentimentalismo.

Dice así:

«En vista de una comunicación dirigida a esta Academia por D. José Luis Porset vecino de esa capital referente al estado del Puente de Piedra de la misma, la Comisión Central de Monumentos ha emitido el dictamen que a continuación tengo el honor de transcribir a V. S. y que la Academia (1) aprobó en sesión el día 2 del corriente. Logroño la Ciudad que puede llamarse con razón sucesora de la antigua *Varea* o *Varia*, cuyo nombre conserva hoy a través de los siglos en aledaño *Vareja* o *Varejia*, aquel antiguo pueblo de origen céltico que acuñó monedas en las que escribió con caracteres celtibéricos su nombre, que mencionada por Estrabón, lo fué también por Tito Libio con motivo de la guerra Sertoriana, que figura en el Itinerario de Antonio Caracalla en el camino de Italia a León, que tan importante papel representó en aquellas remotas edades, como punto de exportación por el Ebro de los preciados productos del fértil país de los Verones, que más tarde quizá, vuelve a jugarle durante las vicisitudes porque pasó todo aquel territorio desde la monarquía visigoda, hasta la definitiva unidad de la patria española, apenas conserva venerados restos de su pasada grandeza, y por esta razón deben conservarse con especial cuidado los escasísimos que han podido sobrevivir a la destrucción del tiempo y de los hombres. Ocupa entre ellos preferente lugar el puente de seis arcos sobre el Ebro, que sirve todavía para el uso a que le destinaron en las épocas claramente representadas. Dos de sus robustos arcos de medio punto con todos los carácteres de la firme y severa construcción romana están indicándonos que en aquel pa-

(1) Se refiere a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

rage, y para defensa de la ciudad por aquel lado, hubieron de levantar los romanos sólido puente, que probablemente estaría fortificado con torreones a uno y otro extremo, pero que bien por avenida del río o más probablemente a mano airada en las continuas guerras que asolaron aquel país durante la Edad Media, fué restaurada en la centuria décima cuarta, como lo indica la ligera ojiva de los otros seis arcos, y su construcción misma, por más que con las formas del estilo predominante a la sazón procurase armonizar el desconocido arquitecto que llevó a término aquella obra, los arcos, que él hacía con los romanos. Basta lo expuesto para comprender la importancia de aquella notable obra pública, pero acrece más y más el interés que despierta cuando se evocan los gloriosos recuerdos que atesora. Las casi no interrumpidas pretensiones de los Reyes de Navarra sobre el territorio de la Rioja y su capital Logroño, fueron causa de repetidas guerras entre los Reyes de Castilla y los Navarros, que en la primera mitad del siglo XIV más pudieron considerarse franceses que españoles. Desde que por la muerte desgraciada de D. Sancho de Peñalen, acaecida en el año 1076, D. Sancho, rey de Aragón, se apoderó de los estados de Pamplona y D. Alonso VI, del reino de Nájera, dando a los de Logroño su famoso fuero no menos celebrado que el de Sepúlveda, y a cuyo nombre prosperó rápidamente, sufrió las alternativas y vicisitudes de las empeñadas luchas sostenidas por navarros y castellanos sobre la posesión de aquel codiciado territorio. En vano, después de una guerra de cerca de medio siglo parecían terminadas aquellas sangrientas contiendas por las capitulaciones de 1179, firmadas entre Nájera y Logroño, renunciando los reyes de Navarra a sus pretensiones sobre aquel país. La entrada de la casa francesa de los condes de Champagne, en el trono de Navavarra con Teobaldo I hijo de Doña Blanca, heredera de Sancho el Fuerte, levantó de nuevo las antiguas aspiraciones, y aunque Logroño y la Rioja permanecían bajo el dominio castellano, gozando la primera exenciones y privilegios que le concedió Alfonso el Sabio, y figurando con esto en Cortes, los inquietos franconavarros no cesaron en sus pretensiones de conquista, que se acentuaron más fuertemente que nunca en la primera mitad del siglo XIV. Mandaba el ejército extranjero contra el castellano el mismo conde de Foix, yerno de Juana II de Lerena, y derrotado completa-

mente el ejército de Castilla, lanzábanse las huestes invasoras sobre la capital de la Rioja para entrar en ella a viva fuerza forzando el peso del puente que sobre el Ebro defendía a la Ciudad. El ataque fué impetuoso pero la defensa desesperada y eficazmente heróica. Dirigía la defensa del puente Ruiz Díaz Gaona, capitán y ciudadano de Logroño, y solo le quedaban tres soldados con vida, pero tales prodigios de valor y de estrategia en su defensa hizo el invencible guerrero que el ejército francés-navarro no pudo forzar el puente y tuvo que retirarse confundido, evitando así Ruiz Díaz Gaona que Logroño cayese en poder de los invasores y facilitar la llegada de nuevas tropas que tuvieran a raya las bruscas acometidas de los extranjeros. Cierto es que el heróico caudillo digno de llevar como llevaba los primeros nombres del legendario héroe castellano a quien apellidaron el Cid, murió en aquella gloriosa defensa, digno de los más altos cantos de la epopeya; pero murió salvando a su patria, y la postrera luz de su mirada reflejó en los abatidos estandartes franceses que retrocedieron ante el valor indomable de tres soldados de Castilla. Tan grande es el recuerdo que guarda aquel puente del año 1336, no menos grande que otro del año 1377. El Alferez Real D. Martín Enrique que llevaba el estandarte del rey de Navarra, creyendo que iba a posesionarse de la Ciudad en nombre de su Soberano que había querido sobornar al adelantado Pedro Manrique, en Gulender, viose acometido por armada multitud que salió a rechazarlo y como comprendiese que iba a caer prisionero y con él a quedar en poder de los castellanos el pendón real abrazado a la regia enseña se arrojó por el puente al río desapareciendo pronro entre sus turbias ondas que se cerraron para siempre sobre él dándole digna y gloriosa sepultura. Puente, que a su indisputable mérito arquitectónico, reune los históricos ejemplos de heroismo y lealtad que hemos apuntado, bien merece se le conserve como un monumento de las glorias patrias, cada vez más preciadas por lo mismo que van desapareciendo de día en día, y de que la Academia escite al celo de aquellas autoridades y de V. S. para que se preocupe procurando conservarle con esmero en lugar de ver con indiferencia la destrucción que aunque lentamente le arruine más por incuria y con violencias incalificables que por la natural pesadumbre de los siglos».

JOSÉ J. BTA. MERINO